

Introducción

Ismael Saz

La historia de la España contemporánea está construida en gran parte como un juego de espejos en el que la mirada ajena, desde fuera, desde otros países, ha sido a veces tan importante como la propia mirada de España hacia sí misma y hacia esos otros países. Una mirada que, en este último caso, ha estado casi siempre presidida por un cierto complejo de inferioridad que podía manifestarse bien en la voluntad de emulación, bien en el rechazo de aquellas diferencias que parecían concretarse en una mayor modernidad de lo ajeno. Por supuesto, en este juego de espejos la mirada hacia fuera y la mirada desde fuera se cruzaban y entretejían en un juego de relaciones que eran, a la vez, internas y externas. Internas, en tanto en cuanto constituían la base de posiciones enfrentadas sobre la propia historia y la concepción misma de España, y externas, en lo que podían tener de reacción frente a las observaciones del otro.

Así ha sido prácticamente desde la publicación del célebre artículo de Masson en la Enciclopedia metódica, en el que se denunciaba la situación de atraso y decadencia a la que el oscurantismo religioso habría conducido a España. Ya entonces hubo una cadena de respuestas integrada, entre otros, por Cavanilles, Denina y Forner. También Cadalso hubo de polemizar ---directa e indirectamente--- con el punto de referencia por excelencia de la literatura basada en la mirada -real o ficticia- desde fuera, la del Montesquieu de las Cartas Persas. Si todo esto sucedía en el siglo de la Ilustración y contemporáneamente a los primeros balbuceos de la historia como disciplina, no es extraño que esas difíciles relaciones volvieran a ganar protagonismo cien años después, cuando la Ilustración misma empezaba a ser cuestionada, las naciones cons-

tituidas entraban en una espiral de relaciones y percepciones darwinistas —con sus altas y sus bajas—, el positivismo entraba en crisis y comenzaban a tomar cuerpo las miradas más o menos interesadas hacia los otros países.

Entre las bajas se encontraba, por supuesto, España. No tenía nada de particular que en este contexto, cuando se indagaba en las raíces de una crisis que algunos se empeñaban en ver como casi terminal, la mirada al otro y la mirada del otro volvieran a entrecruzarse. Se miraba al otro, ahora, desde la perspectiva de la necesaria, o no, europeización. Pero se miraba también a la mirada del otro como un elemento fundamental que ayudaba en la definición de lo propio. Y en esta relación el juego volvía a ser complejo. Altamira, por ejemplo, dedicaba a Farinelli, «el más hispanófilo de los hispanistas», su *Psicología del pueblo español*. Más complejas eran las reacciones de Unamuno, quien ora denunciaba al hispanismo francés, y especialmente a Barrés, ora ensalzaba a este último contraponiéndolo a los hispanistas de otras latitudes. El juego de espejos era también un juego de identidades.

El espejo podía también romperse, sin embargo, para afirmar una imagen deformada y lineal, propiciadora de la construcción de una identidad aberrante: la identidad del absolutamente otro y del absolutamente inmóvil, la que fijaba la modernidad española del siglo XVI como la única posible; aquella que seguía unas líneas de exaltación de lo propio que venían de Forner y de Menéndez y Pelayo, y que algunos seguidores de este último estaban dispuestos a llevar hasta las últimas consecuencias. Fue esta visión, esta ruptura, la que se impuso en la Guerra Civil. Paradójicamente, la misma Guerra Civil que hizo de España un foco de atención mundial propiciando el surgimiento de un nuevo hispanismo, más histórico y menos literario, vino a consumir, a la vez, con la victoria nacionalista, la ruptura del espejo, cerrando a España las puertas de Europa y a los españoles la posibilidad misma de reflexionar al respecto.

Esta doble circunstancia propició un cambio cualitativo en la naturaleza y papel del hispanismo, el cual se convirtió, por primera vez y en modo determinante, en el punto de referencia fundamental para los españoles cultos y con acceso al exterior. Era fuera de España donde se podía hacer la historia de España, y era desde fuera de España desde donde vinieron algunas de las grandes aportaciones para la historia contemporánea de España. En la dinámica de extrañamiento en la que el franquismo quiso someter a los españoles, la mirada del otro resultaba más cercana y fructífera.

Por supuesto, ni siquiera para entonces cabe recurrir a los absolutos. Ni existía un solo hispanismo ni, dentro de cada uno de ellos, todas las aportaciones tenían el mismo relieve. Paralelamente, el agotamiento cultural del régimen franquista fue lo suficientemente temprano —lo que no es de extrañar dado lo ligero del bagaje— como para que surgieran líneas de renovación en la historiografía autóctona que pronto asumirían un protagonismo decisivo. No hace falta insistir en el hecho de que el restablecimiento de las relaciones culturales con el exterior, con los historiadores exiliados y con los distintos hispanismos, fueron aspectos esenciales en la reconstrucción de una historiografía de la que provenimos.

Fue, en cualquier caso, la recuperación de las libertades lo que propició una renovación fundamental de la historiografía española que ahora tenía libre y —casi— generalizado acceso a las fuentes, a los archivos, a los libros, a los métodos y a las grandes líneas de evolución de la historiografía contemporánea. En este contexto bien podría decirse aquello de que la historia de los españoles es cada vez más la historia —y la historiografía— hecha por los españoles mismos. Circunstancia que no ha evitado, antes al contrario, que desde fuera de nuestras fronteras hayan seguido viniendo aportaciones, muchas de ellas básicas, para el conocimiento de nuestra historia contemporánea.

Esto no es todo. Una vez más una situación autóctona como la descrita viene a coincidir con un cambio en el mundo de la historiografía y de las ciencias sociales, con esa crisis de los grandes paradigmas que ha acompañado a otras grandes crisis y cambios históricos, y que, por si fuera poco, coincide con otro fin de siglo, el tercero de los aquí considerados. La crisis de los grandes paradigmas ha conducido también —a mayor abundamiento y para el tema que nos ocupa— a una entronización de la alteridad y a una reflexión acerca de la posibilidad y condiciones mismas de la mirada desde fuera.

Dadas estas circunstancias, parecía oportuna la realización de un primer balance acerca del modo en que todos esos cambios habían afectado a la percepción de España en el extranjero y el modo en que los distintos hispanismos se habían situado ante ello. Con este propósito, la Asociación de Historia Contemporánea y el Departamento de Historia Contemporánea de la Universitat de Valencia han organizado un seminario sobre España: la mirada del otro que, coordinado por los profesores Isabel Burdiel, María Cruz Romeo e Ismael Saz, se ha celebrado en Valencia la primera semana del mes de junio. A él han asistido hispanistas procedentes de aquellos países con mayor tradición y relevancia en sus estudios sobre

la España contemporánea junto con historiadores españoles especialistas en las historiografías de esos mismos países encargados de desarrollar los comentarios pertinentes.

Con el seminario se pretendía, naturalmente, establecer una aproximación al estado actual de los estudios sobre la historia contemporánea de España en los diversos países. Se trataba, igualmente, de propiciar una valoración de conjunto sobre esas mismas aportaciones. Pero se buscaba, sobre todo, llevar a cabo una reflexión global y de conjunto acerca de los grandes problemas que plantea la historia contemporánea de España y el lugar que, a la luz de los últimos cambios -históricos y de perspectiva-, ocupan la mirada interna y la mirada desde fuera en la construcción y reconstrucción de dicha historia.

Los artículos que componen el presente volumen corresponden a las ponencias presentadas en el encuentro. A ellos se ha añadido la conferencia del que fuera Administrador de Mostar, Ricard Pérez Casado, y cuya inclusión aquí se ha juzgado oportuna. Pocos acontecimientos, en efecto, como los conflictos de la ex Yugoslavia han centrado la atención mundial con un impacto semejante al que en su momento tuvo la guerra de España y con las inevitables proyecciones hacia el pasado y desde el pasado de toda una serie de miradas más o menos interesadas y condicionantes.

Por supuesto, es al lector al que corresponde hacer su propio juicio y trazar su propio balance de cuanto en los distintos artículos se expone. Dado, sin embargo, el carácter de foro de debate que se quiso dar al encuentro, se me permitirá que apunte brevemente algunas reflexiones. La primera y más llamativa es el formidable cambio de imagen de España en el escenario internacional. Un cambio que tiene, por así decirlo, fecha y firma. La segunda mitad de los setenta sería la primera y la transición y consolidación de la democracia sería la segunda. Se trata de un cambio tal que no sabemos si definir como mágico o como revolucionario. Pero que no hay duda que hunde sus raíces en el que tal vez haya sido el único proceso de la España contemporánea que ha merecido un juicio universal unánimemente positivo.

Un cambio de perspectiva de tal magnitud tiene una inevitable proyección retrospectiva sobre la reconstrucción de la historia de la España contemporánea. La mayoría de los participantes abundaron, en efecto, en la normalización de esa historia, que no se contempla ya como una sucesión de fracasos o de atrasos más o menos ininterrumpidos. Dos cuestiones destacan en este sentido. En primer lugar, este proceso de

normalización se ha llevado a cabo en una continua confrontación con la larga serie de estereotipos, que están lejos de haber desaparecido por completo, pero en cuyo retroceso ha desempeñado un papel sobresaliente el propio hispanismo. En segundo lugar, se ha tendido a constatar que esta renovación de la imagen supone también una renovación de los métodos de estudio, con una dimensión cada vez mayor de la historia social y cultural y una dilatación de los temas tratados. Da la impresión, en efecto, que la normalización de la España contemporánea supone una cierta liberación respecto de la fijación de la mirada exterior en aquellos procesos o acontecimientos que parecían congelar la imagen de la excepcionalidad española: la España imperial, la guerra de la independencia, la crisis del 98, la Guerra Civil, etc. No se trata de proyectar la imagen de un encuentro marcado por una suerte de euforia de la normalización histórica. Lejos de ello, las posiciones fueron diversas al respecto. Hubo advertencias en el sentido de no confundir la normalidad de la contemporaneidad española con una excesiva tendencia a diluir los elementos conflictivos de la misma. Y abundaron también las referencias críticas sobre la persistencia de algunos estereotipos o lugares comunes historiográficos.

Todo esto no hacía sino confirmar la estrecha relación que ha existido desde siempre entre la mirada del otro y la propia. Si bien ahora la sintonía parece ser mayor en las grandes líneas de interpretación, en la elección de los temas y en el tratamiento de los mismos. Una razón adicional para ello es la normalización, también, de la historiografía española, cuya mayoría de edad no se cuestiona. Como algunos de los participantes observaron, es la historiografía española la que marca la agenda, la que define los temas fundamentales de estudio, la que tiene la iniciativa en la organización de encuentros y reuniones científicas. Incluso el mercado español adquiere un creciente protagonismo en las estrategias de publicación de los investigadores extranjeros.

Un cambio de esta naturaleza plantea, por supuesto, la pregunta de cuál es el lugar del hispanismo, de si éste tiene aún una «función» a desarrollar. Algunos participantes hicieron referencia a la existencia de una cierta reacción de rechazo hacia la excesiva importancia concedida a los hispanistas, de ciertos reflejos defensivos o de la persistente incomodidad del que «se siente observado». Tal vez haya algo de ello, como una voluntad de autoafirmación, pero no era ésta la tónica general, al menos entre los asistentes al encuentro.

Lo que sí parecía claro es que se está produciendo un reajuste, un cambio en la escala de la complementaridad e interdependencia de los

especialistas de dentro y defuera en la España contemporánea. Un reajuste que es complejo, entre otras cosas, porque no todos los hispanismos son iguales, tienen el mismo origen, la misma trayectoria y tradiciones, la misma estructura corporativo-institucional ni el mismo modo de definirse respecto de las disciplinas vecinas. Las relaciones entre los hispanismos literario e historiográfico, en concreto, no están definidas siempre del mismo modo. Nadie ignora que en toda mirada hacia el otro hay un fondo comparatista, pero en ocasiones la especialización del hispanista conduce a una cierta diferenciación respecto de otros historiadores y especialidades. En términos generales, se aprecia en cualquier caso una tendencia a aproximar, por razones científicas pero también estructurales y de mercado, a todos aquellos que desde una u otra perspectiva conceden un lugar relevante en sus investigaciones a la España contemporánea.

El problema fundamental se plantea, sin embargo, en el terreno de las relaciones entre hispanistas y españoles. En este sentido, lo que puede constatarse es la afirmación creciente de un plano de igualdad. No existe ya ningún complejo de inferioridad en la historiografía española. Los historiadores españoles conocen perfectamente, en general, las historiografías de origen de los especialistas extranjeros, acceden directamente a los grandes debates de la historiografía internacional, están al tanto de los principales modelos y la crítica de los mismos y conocen también, por supuesto, y con la necesaria capacidad crítica, las aportaciones foráneas a la historia de la España contemporánea. Alternativamente, el hispanismo tiende a superar de modo creciente algunos de aquellos vicios consistentes en tomarse a sí mismo como punto de referencia historiográfico casi único, prescindiendo por ende, o casi, de las aportaciones de otros hispanismos o de la propia historiografía española. Ésta es hoy por hoy, como queda dicho, el punto de referencia central e inexcusable y el terreno de encuentro de todas las aportaciones.

Todo esto no disminuye en absoluto la necesidad de la mirada del otro. Si hubo un momento en que esa mirada pudo ofrecer claves para la identificación, en positivo o negativo, por acción o reacción, de los grandes problemas de la España contemporánea, y, al mismo tiempo, padecer el peso del estereotipo y la carga orientalista, la evolución del hispanismo confirma la reafirmación creciente del primero de los componentes y la práctica desaparición del segundo. En otras palabras, la mirada del otro, en tanto que está cada vez más imbricada con la propia, se hace menos conflictiva sin perder su potencialidad enriquecedora. Otra cosa distinta es el modo en que esto pueda traducirse en aportaciones

concretas. Algunas de ellas están claras, como aquellas que apuntan al papel de intermediario historiográfico y cultural del hispanismo moderno. Otras, como las que se refieren a la mayor facilidad de los historiadores foráneos para incorporar nuevas corrientes historiográficas --la historia cultural, por ejemplo-, su mayor propensión a la elaboración de grandes síntesis, o la mejor situación para seguir ofreciendo visiones de conjunto que abarcan a la totalidad de España, constituyen en sí mismas elementos para la reflexión y el debate. Ésta era, al fin y al cabo, una de las finalidades del seminario, y los elementos para todo ello los hallará el lector en las páginas que siguen.